

En nuestros días, M. Maistre, ha puesto las cualidades mas eminentes del génio francés al servicio de la verdad católica, que mas pura y brillante habia podido conservarse allende los puertos. Respecto á M. de Bonald, BARMES no podia sin apartarse del objeto de su libro, acompañarle en sus investigaciones acerca de la misteriosa esencia de las diversas formas de gobierno.

XIV.

Influencia del catolicismo en la literatura.

Merced á trabajos que honran á muchos escritores de nuestro siglo, la influencia que el catolicismo ha ejercido sobre el desarrollo de las ciencias y de las letras, ya no se disputa por ninguno que tenga buena fé. BARMES, sin embargo, dedica la última parte de su libro á estender y completar las indicaciones hechas sobre este particular por sus predecesores.

Desde las primeras líneas de nuestro análisis hemos dado á conocer el pensamiento que resume y encierra toda la obra acerca del *Protestantismo*. En cuanto á las *Observaciones sobre los bienes del clero*, las creemos suficientemente conocidas, por lo que en diferentes lugares de nuestro trabajo hemos dicho.

ESCRITOS POLITICOS (1), PIO IX (2).

I.

Ojeada sobre la historia de España de los últimos cien años.

Ya hemos dicho que la coleccion de los *Escritos políticos* de BARMES contiene ademas de los principales artículos que publicó en las revistas de Barcelona y de Madrid, el opúsculo titulado: *Consideraciones políticas sobre la situacion de España*, el cual merece ser consultado, si se desea alcanzar la razon de los acontecimientos que la historia contemporánea de aquel pais nos ofrece. Por desgracia, tambien esta obrita adolece de un defecto harto frecuente en las improvisaciones políticas del autor, *la prolijidad*: hé aqui el resumen de algunas páginas de aquella que son como la introduccion natural al cuadro de las opiniones de BARMES, acerca de los principales puntos de la política de su pais.

«Durante un largo intervalo de tiempo, á con-

(1) *Escritos políticos*. Un tomo en cuarto impreso á dos columnas y de 800 páginas en Madrid, 1848.

(2) Folleto de 130 páginas, Madrid y Paris.

tar desde el primer tercio del siglo XVI, la España se encontró en una situación excepcional que la mantuvo apartada del resto de Europa. Innovaciones religiosas seguidas de sangrientas guerras, desquiciamiento político, apasionadas controversias acerca de las mas altas y mas delicadas cuestiones, revolucion inmensa en las ideas filosóficas: tal es el cuadro que presentaban en aquella época las naciones europeas. La España, entretanto, permanecía en un reposo profundo; ni las agitaciones, ni la efervescencia, ni los violentos sacudimientos que rápidamente se sucedian muy cerca de sus fronteras, le hacian experimentar la mas leve alteración.

»A la muerte de Carlos II, los campos de España fueron la arena en que las potencias europeas se disputaron la herencia de la casa de Austria. Nuestro territorio vino á ser el teatro de una guerra de sucesion larga y sangrienta. La permanencia de los soldados extranjeros, el contacto íntimo y permanente con la Francia, que ya entonces como hoy, podia considerarse como el corazón de la Europa, la preponderancia de la influencia francesa sobre nuestros destinos, en una palabra, todos los resultados de un movimiento tan profundo, debian ser el gérmen y el preludio de un porvenir enteramente nuevo. Para darse razon del cambio ocurrido por esta época en España, basta comparar el reinado de Carlos II con

los reinados de Felipe V y de Fernando VI. »Es verdad que no se notan al principio sino un corto número de reformas en la administracion, y el comienzo de una nueva era literaria; pero todo se halla unido en la sociedad por lazos íntimos y delicados. Precisamente era entonces la época en que la ciencia humana tomaba en Europa un carácter peligroso. Apartada de su objeto, y olvidándose de su origen, la ciencia abandonaba su primera direccion, y se abrogaba ilegítimas facultades (aqui presenta BARMES el cuadro de la filosofía francesa en el siglo XVIII) y prosigue: las cosas no podian suceder en España de la misma manera, porque nuestras instituciones, ya de por sí robustas, las habia fortificado el tiempo. Las ideas y las costumbres, por efecto natural de un hábito no interrumpido por mucho tiempo, habian adquirido un grado extraordinario de firmeza y consistencia. A todas estas diversas causas se allegaba el carácter nacional, grave y severo, por cuyas razones, la España se hallaba rodeada con una muralla de bronce que necesariamente debia resistir por mucho tiempo el embate de las nuevas ideas. »Considerad ahora el trono de Carlos III cercado de magestad y de poder, con las letras y las ciencias formando á su alrededor una auréola resplandeciente. En esta brillante corte no hay progreso alguno del entendimiento que no se acoja con juvenil entusiasmo. Sin embargo, fácil es dis-

tinguir á través de estos resplandores algunas luces singulares, nuevas y desconocidas. Sin duda el honrado monarca se imagina que son el reflejo deslumbrador de las piedras preciosas que chispean sobre su corona.....

»Pero en fin, estalla la revolucion francesa, no es posible ya que la Europa repose tranquila sobre sus antiguas bases. La influencia de tan prodigioso acontecimiento debia hacerse sentir en España. Sin embargo, el estado de las ideas y de las costumbres era tal en el fondo de la nacion, que el espíritu de novedad, lejos de invadir las masas, ni aun pudo formar en ninguna clase un partido temible por su fuerza; y si hubiese sido posible impedir el sacudimiento que produjo la invasion francesa de 1808, probablemente todas las innovaciones se habrian aplazado para una época muy lejana.....

»De cualquier modo, el grito de alarma se pronuncia, solo, sin Rey, sin gobierno, sin jefes; el pueblo español se levanta semejante á un atleta. Este pueblo, al cual se tenia por débil y envilecido, sacude el yugo bajo al cual los partidarios mas entusiastas de la igualdad doblaron su cerviz, y rompe las cadenas que tenian en cautiverio á la Europa. Y sin embargo, ¡oh pueblo tan desgraciado como ilustre! ¡tanto valor y heroismo no eran para tí sino el principio de una larga serie de desastres!

»El invasor debia buscar en el seno de la nacion todos los medios posibles para corromper el espíritu público y facilitar la conquista. Además, en la misma nacion debia manifestarse y ponerse en ejercicio todo elemento que se hallase en antipatía secreta con el espíritu dominante. Estos elementos hostiles, separados hasta entonces, se buscaron con efecto de un extremo á otro de España, se acercaron mutuamente, formando una fuerza distinta, cuya naturaleza y poderío se fueron mostrando cada vez mas. Siempre que reflexiono sobre los efectos que produjo en España la invasion francesa, se presenta una comparacion á mi espíritu. Me parece que veo un líquido, en el cual se halla en disolucion un sinnúmero de moléculas pertenecientes á cuerpos heterogéneos. Quitad la causa que las separa, y ellas mismas se buscarán al momento, se acercarán y depositarán en el fondo del vaso; ahora bien: sabido es que este fenómeno es producido por un movimiento brusco comunicado al vaso, ó por la presencia de un cuerpo extraño.

»Los límites de este escrito no consienten hacer comentarios sobre los acontecimientos que desde entonces se vieron pasar rápidamente. Baste decir que la filosofía del siglo XVIII tuvo desde aquel momento una tribuna siempre abierta en España con los periódicos, y se oyó en las córtes de Cádiz un eco miserable de la asamblea

constituyente de Francia, y en fin, para completar la parodia y acabar de emponzoñarlo todo, hasta los discípulos de Port-Royal salieron á campaña. Podían la precipitación y el aturdimiento de los novadores sustituir de repente á las graves ideas castellanas, sin producir un conflicto? Sucede nunca que dos enemigos irreconciliables se encuentren faz á faz sin que se trabaje entre ellos una encarnizada lucha? España era eminentemente monárquica, y se le imponía una constitucion democrática por esencia. Era además religiosa, y se prodigaba delante de sus mismos ojos la injuria y la burla á su religion. Ni la Francia, ni ningun otro pais se encontraron en circunstancias semejantes á las que acabo de describir. De aqui esa diferencia capital entre nuestra revolucion y las que han agitado las demas naciones de Europa. Entre nosotros, lejos de haberse aclimatado la revolucion, todo se conjuró contra ella. Aquella idea extranjera no pudo afirmarse en la tierra de España sino á favor del tumulto y de las preocupaciones causadas por la guerra de la Independencia. La revolucion en España fué una verdadera sorpresa.

»Para esplicar las anomalías que presenta la revolucion española, importa mucho colocarse en el terreno que acabamos de indicar. Asi se comprenderá cómo bastó un soplo para hacer desapa-

recer en 1814 la Constitucion de 1812: cómo esta misma Constitucion restablecida en 1820 volvió de nuevo á la nada, al solo aspecto de un ejército de conscriptos franceses. Las multiplicadas tentativas de los años siguientes, no tuvieron mejor resultado. Teas arrojadas en una atmósfera incapaz de alimentar su llama, apenas lanzadas en ella, se apagaron al instante.

De aqui la singularidad notable que distingue la revolucion de España de la francesa. En Francia primero fué sofocada por un dictador, despues vencida por los ejércitos de Europa, y sin embargo, si bien se mira, nunca desapareció completamente de aquel pais la revolucion, pues ha sobrevivido en algunas instituciones creadas por ella misma, y por el respeto tributado á los hechos consumados. Entre nosotros, al contrario, aparece y desaparece como un metéoro la era cristiana constitucional. Retumban algunos cañonazos en la atmósfera, brillan algunos relámpagos; pero la tempestad nada deja en pos de sí; el antiguo orden de cosas es restablecido; nada subsiste del edificio efímero que la revolucion levantára.....

»Sin embargo, cualquiera que fuese la oposicion general existía un núcleo mas ó menos homogéneo en torno del cual todas las ideas, todas las simpatías que no se conformaban con las tendencias del gobierno, iban poco á poco agrupándose. El partido realista continuaba, es verdad,

en posesion de la autoridad; pero su lenguaje y su conducta dejaban adivinar el peligro de que se sentia amenazado. El nacimiento de la Princesa de Asturias (hoy la Reina Isabel) hizo tomar un nuevo aspecto á todas las cosas, pues este acontecimiento alejaba del trono á un Príncipe en el cual se hallaban fijas las esperanzas de un número considerable de realistas. De aqui la escision entre los partidarios. Ya desde entonces se pudo preveer, que escluido el Príncipe de la sucesion á la corona, no tendria sino un solo recurso á que apelar para reunir en torno de su causa la multitud de sus defensores.

»Asi, pues, la guerra de sucesion se complicó con la guerra de los principios. Cada rama del tronco real representa un órden de ideas distinto. La muerte de una Reina, el casamiento sucesivo del Rey, el nacimiento de una Princesa, la enfermedad del Monarca, la ilusion de su cercana muerte, su vida prolongada un año mas, todo se combinó de un modo sorprendente para producir aquel resultado. Fernando VII, al bajar á la tumba, dejaba á España en la mas crítica situacion.

»El hábil ministro que dirigia los negocios en aquella época, el Sr. Cea Bermudez, no pudo menos de comprender que el trono de Isabel estaba fundado sobre el cráter de un volcan. Era muy importante que la causa de la jóven Reina apareciese ligada con los intereses mas sanos á la

gran mayoria. El Sr. Cea que comprendia esto mismo, publicó inmediatamente su célebre manifiesto de 3 de octubre. Si á la muerte del Rey el gobierno hubiese dado muestras de la menor inclinacion hácia las instituciones liberales, de seguro la esplosion de los sentimientos hostiles á esta forma de gobierno habria sido mas universal y terrible y muy difícilmente la causa del nuevo Monarca habria escapado á una definitiva derrota. ¿Quereis, durante la guerra que sobrevino, medir á cada momento las mas ó menos probabilidades del triunfo de D. Carlos? Considerad ahora mismo la exageracion de las ideas revolucionarias y la violencia con que se porta el gobierno de Madrid, y estad seguro de que la causa de D. Carlos se ha mejorado, fortalecido en razon directa de esta violencia y exageracion.

»Basta lo que acabamos de decir para que se comprenda cuán hondas raices tenia el principio identificado con la causa de D. Carlos. Notad ademas un hecho constante en todos los puntos del territorio que fueron teatro de la guerra civil. Los partidarios de D. Carlos gozaron en todas partes de una libertad completa. Un carlista solo con su fusil en la mano atravesaba sin peligro una distancia enorme y se acercaba impunemente á las murallas de todas las ciudades fortificadas, en tanto que las tropas de la Reina tenian que presentarse en masas respetables y algunas veces formar un

ejército completo para trasladarse á algunas leguas de distancia. Siete ú ocho mil carlistas acampados en un territorio tan pobre y estéril como las rocas y montañas que le circuián encontraban en él con que vivir durante muchos meses, al paso que el ejército contrario en el mismo país necesitaba replegarse sobre un punto fortificado desde el momento de haber agotado las provisiones de campaña. El menor descalabro seguido de una dispersion bastaba para destruir cualquiera de las divisiones del ejército de Isabel, en tanto que los carlistas, dispersándose á cada paso, veían apenas disminuido al día siguiente de una derrota el número de sus soldados. Preguntad á los generales de la Reina, sino sentían frecuentemente á su alrededor una resistencia sorda; pero poderosa, una fuerza secreta que les arrebatava las ventajas de sus triunfos y agravava hasta lo sumo cada derrota que sufrían; cuando las partidas carlistas renaciendo sin cesar, cobraban á cada paso un vigor que reparava sobre la marcha sus desastres.

»Se ha dicho que el incentivo del saqueo y el amor á la rapiña debían considerarse entre otras como una de las causas que engrosaban las filas carlistas. Cierto es, en efecto, que la causa de D. Carlos sirvió mas de una vez de pretesto á hombres cuyo único afán era vivir sin ley ni freno, fenómeno comun á todas las insurrecciones; pero esta razon está muy distante de esplicar el éxito

de la causa carlista; mas dejando aparte aquellas provincias en que la insurreccion se organizó primero y constantemente se sostuvo, he visto y conocido muy de cerca á los habitantes de las montañas de Cataluña, y atrevimiento doy á quien quiera que se haya encontrado en contacto con ellos para negar su probidad, su amor al trabajo y su alejamiento de todo hábito de saqueo y de pillaje.

»Está, pues, demostrado que treinta años de esfuerzos revolucionarios no habian podido estirpar el principio que servia de fundamento á la causa de D. Carlos. Hasta las circunstancias mismas que acompañaron al triunfo de la Reina en el último período de aquella prolongada guerra, lejos de destruir corroboran la fuerza de nuestras observaciones. Los consejeros de D. Carlos habian hecho olvidar á este Príncipe su verdadera posición: le persuadieron de que ya era Rey verdadero, cuando bastaba que fuese el primer soldado de su ejército. Su cuartel general se convirtió en una corte, en la cual la discordia y las discusiones concluyeron por destruir la *unidad*, es decir, el medio mas poderoso para alcanzar victoria, medio que precisamente era por escelencia una de las ventajas propias del partido carlista.

»Pero si los representantes de un principio no supieron cumplir la mision que se les habia confiado, no se deduce que el principio mismo haya desaparecido. El principio habrá perdido su